

La madriguera. Revista de cine (Ediciones de intervención cultural S.L.)

Título:
Nada de nada

Autor/es:
Montiel, Alejandro

Citar como:
Montiel, A. (1998). Nada de nada. La madriguera. (10):68-68.

Documento descargado de:
<http://hdl.handle.net/10251/41698>

Copyright:
Reserva de todos los derechos (NO CC)

La inclusión de este artículo en el repositorio se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



Nada de nada Nada de nada

Conflicto de intereses

Robert Altman

The Gingerbread man

EEUU, 1997

La irregularidad de la carrera cinematográfica de Robert Altman (Kansas, 1925), iniciada como realizador de películas industriales y con la serie *Alfred Hitchcock Presents*, ha desatado entre sus seguidores los más enconados y encontrados prejuicios, pues mientras unos ven en este "autor" una garantía de independencia, originalidad y efi-

cacia, otros le achacan toda suerte de debilidades a las tramas que pone en escena.

Razón puede que tengan unos y otros, pero la sinrazón común estriba en que nadie ha explicado hasta ahora con claridad en qué consiste el "estilo" de este "autor", y ello acaso no tanto porque carezca de él, sino porque nosotros carecemos de una idea cabal de qué cosa sea eso del "estilo". Así, durante la década de los noventa y en dos películas consecutivas, Altman ofreció uno de los más brillantes y cínicos finales que quepa imaginar (*The Player*, 1991) y uno de los más superfluos y aparatosos (*Short Cuts*, 1993), con independencia de que, probablemente, este segundo film es más valioso y perdurable que el anterior.

Habrà, pues, que curarse en salud y olvidarse del estilo de Altman, para entrar a analizar, casi secuencia por secuencia o plano por plano, cada uno de los films que ha firmado, incluso si acabamos descubriendo que tan ardua tarea ha resultado altamente desalentadora.

En el caso de *Conflicto de intereses* (cuyo guión, basado en una historia original de John Grisham, se debe, según parece, al propio Altman bajo el pseudónimo de Al Hayes), las peripecias del abogado de Savannah Rick Madruguer (Kenneth Branagh) sólo podrán entretener a un transigente espectador de telefilmes, pues tanto su trama como su ágil y nervioso montaje son voluntaria-

mente convencionales y académicos. Su conflicto es, decididamente, ininteresante, y su puesta en escena no es que deje frío, es que *da* frío.

Si uno hace abstracción de los banales malabarismos de la intriga, cae en la cuenta de que las incidencias climáticas (del clima, no del clímax) acaban por auparse al primer plano del film hasta alcanzar un curioso protagonismo. Lo que se anticipa en el planteamiento de *Conflicto de intereses* es la eventual llegada a la zona de un huracán, asociado con poca o ninguna sutileza a la devastadora pasión que siente Rick por la camarera Mallory Doss (Embeth Davidtz); lo que se expone, en el juego de equívocos de su desarrollo, son las sucesivas alternativas de esa amenaza; lo que finalmente se dilucida en la huracanada resolución son las dimensiones que alcanzará la catástrofe.

En *Conflicto de intereses* llueve a cántaros, el airón hace vibrar el paisaje y el agua encharca las acciones de un protagonista permanentemente a la intemperie. Y ¿qué decir del final, donde Altman suele dar lo mejor y lo peor de sí? Malo, malísimo. Al final, triunfa la justicia. El exitoso e inescrupuloso abogado Rick pierde por primera vez en muchos años un caso, el suyo, pero sentencia con cristiana resignación: "Quizás ya era hora". La vampiresa (que, por sí no lo habían adivinado, y para que puedan ustedes salir tranquilamente de la sala de cine cuando les apetezca, es Mallory) acaba en chirona.

Seguir calificando a Robert Altman de iconoclasta, es cuanto menos, abusivo y exagerado, sobre todo a tenor de su reciente película, y para quienes disfrutamos hace más de veinte años con *The long goodbye* (1973) constatar esta evidencia no resulta agradable. Nos gustaría que pasara un viento fuerte y que se llevara en torbellino de nuestra memoria estas últimas imágenes.

Alejandro Montiel

